

Monseñor Escrivá de Balaguer

Es impresionante la magnitud del duelo que ha producido, en la Iglesia entera y aun entre muchos no católicos, la muerte de Mons. Escrivá de Balaguer, el Fundador del Opus Dei. Desde el Papa hasta los más humildes fieles de rincones remotos del mundo son incontables los que han sentido este fallecimiento con un dolor entrañable y personal. Muchos de ellos han perdido al que auténticamente podían llamar su Padre, en la plenitud de la expresión: gentes de todas las razas y colores, de todos los estados y condiciones, que vieron por primera vez la luz del Evangelio, o se animaron a entregar su vida entera a Jesucristo, por la encendida palabra y la incansable labor apostólica de Mons. Escrivá, uno de los pioneros de la espiritualidad laical en nuestro siglo, y precursor de algunas entre las más renovadoras afirmaciones del último Concilio. Esas multitudes a la vez contristadas y alegres —lo primero, por haber perdido en la Tierra al ser más querido; lo segundo, por la certeza de tenerlo ya en los cielos—, esas multitudes que han llenado las iglesias de tantas latitudes del mundo, en la celebración de sus funerales, no acudían simplemente a una formalidad litúrgica; acudían, con la mayor intensidad del sufrimiento y del gozo, a ofrecer a Dios el rincón más íntimo de su corazón; la pena y la alegría del hijo que entrega a su padre en manos del Padre de los cielos.

Mons. Escrivá de Balaguer, por su tipo humano y por el sello divino de sus obras, pertenece a esa estirpe de grandes hombres de Dios, españoles por nacimiento y universales por vocación divina, que han sido fundadores de grandes y prolíficas familias en la historia de la Iglesia. No en vano, a propósito de su muerte, son los nombres de Teresa de Jesús e Ignacio de Loyola los que acuden espontáneamente a la pluma de los comentaristas en la prensa internacional. También el Fundador del Opus Dei era un contemplativo en acción, uno de esos hombres cuya insondable interioridad mística se vuelca en la actividad más extrovertida, en la tarea apostólica más eficaz. Este rasgo personal suyo ha quedado impreso, por designio de Dios, en la espiritualidad de su Obra: sus hijos aspiran todos a ser contemplativos en medio del mundo, a vivir una vida de oración ininterrumpida en medio de las tareas ordinarias de la jornada: el trabajo, la vida del hogar, la acción apostólica en todas las encrucijadas del mundo. La

predicación, la vida y la obra de Mons. Escrivá rompen los clásicos esquemas dualistas de "contemplación" y "acción": ambas cosas llegan a ser una sola, fundidas en la llama de la filiación divina y del amor sobrenatural. Para decirlo con su enérgica expresión: "trabajo porque contemplo, contemplo porque trabajo", en una indestructible unidad de vida que traslada la celda del contemplativo a la calle, a la fábrica, a la universidad, al taller, al hogar, según el estilo de los primeros cristianos, vigorosamente renovado en las estructuras y formas de vida del mundo actual.

Cuando Mons. Escrivá fundó el Opus Dei, por expresa voluntad divina, era un sacerdote de escasos veintiséis años, sin medios ni recursos humanos. Recordando el tiempo heroico de la fundación él mismo ha recordado que, frente a esa montaña de obstáculos y de inercias que se enfrentaban a su labor, no poseía otra cosa que "gracia de Dios y buen humor". Esta pareja de valores resume su personalidad. Es el rasgo que, de entrada, impresiona más a cuantos le conocieron: la conjunción de la gracia humana y la gracia divina, de los dones del Espíritu Santo con el ingenio más jocosos y sencillo. No mucho antes de morir él podía decir, aludiendo a las muchas tribulaciones con que el Señor probó su vida y su obra, que el resumen de su vida era "una gran carcajada". Es lo que pudieron verificar cuantos le conocieron a su paso por nuestro país, sorprendidos de esa prodigiosa facilidad con que, en su trato y conversación, saltaba de la tierra al cielo, de los más hondos y graves misterios de la fe al detalle humano más divertido, a la broma chispeante y generosa. Igualmente fácil y espontáneo era su tránsito desde el tono más enérgico de un carácter de aristas vigorosas, que parecía labrado en metal, hasta la salida más tierna y emotiva, en la que afloraba una cordialidad universal, abierta, como brotada de la hondura misma del corazón de Cristo.

La gran aportación de Mons. Escrivá de Balaguer a la espiritualidad laical de nuestros días puede parecer obvia una vez que ha sido formulada, y que ha entrado ya a formar parte del patrimonio espiritual de nuestro tiempo; pero lo era todo menos obvia en el comienzo de su predicación, allá por el año 28, y aún en nuestros días ese riquísimo germen está abierto todavía a múltiples desarrollos. La idea central es ésta: que la plenitud de la vida cristiana —la



...Edificó su obra de tal modo que él pudiera faltar sin problema.

"santidad"— es posible y necesaria en todos los estados y condiciones de la vida temporal del hombre sobre la Tierra; que todas las situaciones de la vida ordinaria de cada día son materia santificable, ocasión para una entrega sin límites al amor de Dios y para un ejercicio activo del apostolado en todos los ambientes donde se mueve nuestra vida diaria. Entonces el trabajo profesional, el matrimonio, la vida del hogar, la actuación pública en la sociedad civil, adquieren el auténtico rango de vocación divina y camino de santificación propia y ajena: "se han abierto los caminos divinos de la Tierra". Estas intuiciones van cristalizando hoy en una nueva y más comprensiva "teología de las realidades temporales"; pero mucho antes de su formulación teológica fueron vida vivida, espontáneo fenómeno pastoral, existencia en acto primero, semilla viva de renovación en todos aquellos que, desde hace casi medio siglo, se reunieron en torno a Mons. Escrivá para encarnar en su vida este sencillo y fascinante ideal: fecundarlo todo —trabajo y descanso, penas y alegrías, vicisitudes del diario vivir— con la fuerza arrolladora de la oración y de los sacramentos, aportando así una tremenda energía sobrenatural a los esfuerzos del hombre por construir un mundo mejor, a la manera de una inyección intravenosa de vida divina en el torrente circulatorio de la sociedad.

Más de alguien me ha preguntado si, ausente ya Mons. Escrivá de Balaguer, el Opus Dei podrá continuar su expansión por el mundo con la misma solidez y velocidad que le imprimió la vigorosa personalidad de su Fundador. Podrá, con la gracia de Dios; y la mejor garantía de esa continuidad es el fundamento sobre el que se apoya. Mons. Escrivá edificó su obra de tal modo que él pudiera faltar sin problemas; abominó siempre del gobierno personal. Los que por vocación divina hemos seguido este camino, tenemos de él una inspiración ya permanente para seguir esparciendo, por los cinco continentes, esta semilla de Dios. El Opus Dei se ha expandido por toda la Tierra con una velocidad inusitada en la historia de la Iglesia; con la fuerza de las cosas divinas. Una vez cerrada la etapa fundacional, gentes de más de ochenta países, de todas las razas, latitudes y condiciones se aprestan a una fidelidad incondicional al espíritu del Fundador, y viendo su Obra proyectada en los siglos se preparan con un fervor renovado a continuar su empresa al servicio de la Iglesia Santa y de las almas todas. El ejemplo personal de Mons. Escrivá se junta ahora a su nueva labor —su intercesión en los cielos— para que nuestra pobre voluntad humana y nuestra miseria personal no sean obstáculo en el cumplimiento de este mandato imperativo de Jesucristo.

José Miguel Ibáñez Langlois.